

EL
ESPECTÁCULO
DEL
VAMPIRO

NOVELA GANADORA DEL PREMIO STOKER



RICHARD LAYMON

«Un libro asombroso. Laymon cabalga con fuerza, presteza e intensidad.
Nos presenta personajes memorables. Es genial. Lo prometo» —Stephen King

En una calurosa mañana de agosto de 1963, por toda la ciudad rural de Grandville aparecen, clavados por todas partes, carteles que anuncian la única noche de función del gran espectáculo del vampiro. El plato fuerte que promete el afiche es a Valeria, extraordinariamente bella, y el único vampiro viviente en cautividad.

Para tres adolescentes de la ciudad este es un evento que no pueden perderse. Aunque no está permitida la entrada a menores de edad, ellos están decididos a encontrar la manera de verlo. Lo que sigue es una historia de amistad y coraje, tentación y terror; una historia que tiene lugar cuando tres amigos van donde no deben y encuentran mucho más de lo que nunca imaginaron.

Este libro está dedicado a Richard Chizmar, propietario,
director y entrenador del equipo CD.
Tú fuiste quien nos llevó al espectáculo.

1

El verano en que tenía dieciséis años, el espectáculo ambulante del vampiro vino a la ciudad.

Primero les oí hablar de él a mis dos mejores amigos: Rusty y Slim.

El nombre real de Rusty era Russell, pero odiaba ese nombre por encima de todas las cosas.

El nombre real de Slim era Frances. Tenía que soportar que sus padres y profesores le llamasen así, pero no los demás chavales. Les decía que «Frances es una mula que habla». Si le preguntabas cómo quería que la llamasen, su respuesta dependía sobre todo del libro que casualmente estuviese leyendo. Respondía que Nancy, Holmes, Scout, Zock o Phoebe. Todo el verano anterior había querido que la llamasen Dagny; en aquel momento era Slim. Con un nombre como ese supuse que habría empezado a leer novelas del Oeste, pero no pregunté.

Por cierto, mi nombre es Dwight. Me lo pusieron por el comandante de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas en Europa, aunque no fue elegido presidente hasta después de haber nacido yo y de que me hubiesen puesto el nombre.

Aquella era una calurosa mañana de agosto, el colegio no empezaría de nuevo hasta pasado un mes y estaba en la calle, delante de nuestra casa, cortando el césped con un cortacésped manual. Debíamos de ser la única familia en Grandville que no tenía un cortacésped eléctrico. No es que no pudiésemos permitirnoslo. Mi padre era el jefe de

policía de la ciudad y mi madre enseñaba inglés en el instituto, así que teníamos dinero para un cortacésped eléctrico, o incluso para un tractor cortacésped. Lo que no teníamos era ninguna intención de comprar uno, al menos mi padre. Mucho antes de que nadie hubiese oído hablar de expresiones como «contaminación acústica», mi padre ya estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para prevenir este o aquel «jaleo espantoso».

Además, se oponía a cualquier tipo de artefacto que pudiera hacernos la vida más fácil a mí o a mis dos hermanos. Quería que trabajásemos duro, que sudásemos y sufriésemos. Había sobrevivido a la Gran Depresión y a la Segunda Guerra Mundial, así que lo sabía todo sobre el sufrimiento. Según él «los chicos hoy en día lo tienen muy fácil». Así que se esforzaba al máximo para hacernos la vida más dura.

Por todo esto, allí estaba yo empujando el cortacésped, dejándome el culo, cuando se presentaron Rusty y Slim.

Era una de esas mañanas grises en las que solo se adivina un tenue resplandor del sol tras las nubes, en las que el olor te dice que la lluvia está cerca y deseas que llegue cuanto antes porque el día es condenadamente bochornoso.

No llevaba camiseta y me dio un poco de vergüenza al verlos acercarse. Era un poco raro teniendo en cuenta todo el tiempo que habíamos pasado juntos en bañador. Me dieron ganas de salir corriendo, coger la camiseta a toda prisa de la barandilla del porche y ponérmela, y sin embargo, me quedé allí parado y, en vaqueros y calzado con las zapatillas, esperé a que se acercaran.

—Hola, chicos —dije.

—¿Cómo va eso? —me saludó Rusty. Lo dijo con segundas, por supuesto, para tirarme una indirecta sexual. Ese era el tipo de rollo patético que llevaba.

—Ya ves —contesté.

—¿Estás trabajando duro o haciendo como que trabajas?

Slim y yo arrugamos la nariz.

Entonces Slim observó mi torso, desnudo y sudado, y dijo:

—Hace demasiado calor para estar cortando el césped.

—Díselo a mi padre.

—Tú déjame charlar con él.

—Está en el trabajo.

—Tiene suerte de librarse de mí —replicó Slim, y todos sonreímos; sabíamos que estaba bromeando. A ella le caían bien mis padres, los dos, aunque no le entusiasmasen mis hermanos.

—Bueno, ¿y cuánto tiempo te llevará acabar el jardín?
—me preguntó Rusty.

—Puedo dejarlo un rato. Solo tiene que estar terminado cuando mi padre vuelva del trabajo.

—Vente con nosotros —me animó Slim.

Asentí con un rápido gesto y crucé la hierba corriendo. No había nadie más en casa: mi padre estaba en el trabajo, mi madre de excursión semanal a la tienda de alimentación y mis hermanos, uno soltero y el otro casado, ya no vivían en casa.

Mientras me lanzaba escaleras arriba, grité mirando hacia atrás:

—¡Ahora vuelvo!

Agarré veloz mi camiseta de la barandilla, entré corriendo en casa y me abalancé por las escaleras para ir a mi habitación.

Con la camiseta me limpié el sudor de la cara y del pecho. Me acerqué al espejo y cogí el peine. Gracias a mi padre llevaba el pelo muy corto. «Ninguno de los míos va a ir por ahí pareciendo una chica». Tampoco permitía que me asomase el más mínimo indicio de patillas. «Ningún hijo mío va a ir de un lado a otro con pinta de matón». Gracias a él, apenas tenía pelo que molestarme en peinar, pero es-

taba desgreñado y enmarañado por el sudor así que me peiné de todas formas, asegurándome de que la raya quedaba recta como una cuchilla y la parte de delante un poco ondulada.

Después cogí mi cartera de la cómoda y me la metí en un bolsillo de atrás de los vaqueros. Me precipité hacia el armario y arranqué de una percha una camisa de manga corta. Me la puse en un momento y me lancé escaleras abajo.

Rusty y Slim estaban esperándome en el porche. Acabé de abrocharme los botones y entonces abrí la puerta mosquitera.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Ya lo verás —contestó Slim.

Cerré la puerta y bajé las escaleras del porche tras mis amigos.

Rusty llevaba una camisa vieja y unos vaqueros azules. Eso era más o menos lo que solíamos llevar cuando no estábamos vestidos para ir al colegio o a la iglesia. Casi nunca te encontrabas a chavales de nuestra edad con pantalones cortos. Los pantalones cortos eran para los niños, los vejstorios y las chicas.

Slim llevaba pantalones cortos, unos vaqueros azules cortados, tan desteñidos que eran casi blancos y tan deshinchados que los hilos le colgaban y se balanceaban como flecos alrededor de sus muslos. Llevaba también una camiseta blanca, grande, suelta y por fuera del pantalón, así que por detrás le colgaba hasta el culo. La parte superior de su traje de baño blanco se transparentaba a través del fino tejido. Era un biquini minúsculo, de los que se atan en la espalda y en la nuca. Lo llevaba en vez de un sujetador, porque sería probablemente más cómodo y sin duda más práctico.

En verano casi todos llevábamos trajes de baño en vez de ropa interior. Nunca sabías cuando podías acabar en la

piscina municipal o en el río... o si iba a pillarte un chapa-rrón.

Aquella mañana yo llevaba el bañador por debajo de los vaqueros. Estaba prácticamente empapado por todo lo que había sudado al cortar el césped y se me iba pegando al culo mientras bajaba por la calle con Rusty y Slim.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —pregunté después de un rato.

Slim me miró y levantó una ceja.

—La primera fase ya se ha ejecutado.

—¿Qué? —pregunté.

—Te liberamos de las cadenas de la opresión.

—No se puede estar segando el jardín en un día como este —explicó Rusty.

—Bueno, gracias por liberarme.

—No ha sido nada —contestó Rusty.

—Un placer —dijo Slim, y me dio una palmadita en la espalda.

Fue una palmadita amistosa, pero me provocó una desoladora sensación de excitación enfermiza. Durante aquel verano venía sintiendo así a menudo cuando estaba cerca de Slim. Tampoco requería contacto. Algunas veces podía estar mirándola y empezaba a sentirme extraño.

Sin embargo, todo esto me lo guardaba para mí.

—Segunda fase, ver lo que está pasando en el llano Janks.

Sentí que un pequeño escalofrío me subía por la espalda.

—¿Asustado? —me preguntó Rusty.

—Claro, ¡ooooooooh!, estoy temblando.

Lo estaba, pero no tanto como para que se me notase, o eso esperaba.

—No tenemos por qué ir —dijo Slim.

—Yo voy —afirmó Rusty—. Si vosotros, chavales, sois unos gallinas, iré solo.

—¿De qué va ese asunto tan importante en el llano Janks? —pregunté.

—De esto —dijo Rusty.

Los tres íbamos caminando en paralelo con Slim en el medio. En aquel momento Rusty nos rodeó por detrás y se colocó a mi lado. Se sacó un papel del bolsillo de atrás de los vaqueros.

—Esto está por toda la ciudad —comentó mientras lo desdoblaba.

Supe, por la forma en que sujetaba el papel abierto delante de mí, que se suponía que no podía tocarlo. Parecía ser un cartel o un folleto, pero se movía tanto que me era imposible leerlo, así que dejé de caminar. Nos detuvimos todos. Slim se acercó para mirar también el papel. Tenía las cuatro esquinas rasgadas. Parecía que Rusty había arrancado el cartel de una pared, un árbol o algo así.

Anunciaba lo siguiente:

El espectáculo ambulante del vampiro
 ¡Vengan y conozcan a la criatura más espectacular!
 ¡La única en cautividad que se conoce!
 VALERIA
 ¡Divina! ¡Seductora! ¡Letal!
 Una belleza deslumbrante nacida en la tierra salvaje de
 Transilvania
 Valeria duerme durante el día en su féretro y se alimenta
 por la noche de la sangre de extraños
 ¡Véanla alzarse de la muerte!
 ¡Obsérvenla acechando a los voluntarios del público!
 ¡Tiemblen cuando hunda los dientes en sus cuellos y chillen
 mientras bebe su sangre!

Lugar: el llano Janks, 4 kilómetros al sur de Grandville
 por la carretera 3

Horario: viernes, medianoche; único pase

Precio: 10 \$

(No está permitida la entrada a menores de 18 años).

Meneé la cabeza, asombrado y entusiasmado, y murmuré «uau» una o dos veces mientras leía el papel.

Pero la historia cambió cuando iba llegando al final.

Alarmado, sentí que me invadía una mezcla de alivio y decepción. En su mayoría alivio.

—Venga, tío —murmuré tratando de sonar consternado—, ¡qué plastazo!

2

—¿Plastazo? —repuso Rusty—. ¿Se te va la pinza, tío? ¡Un espectáculo ambulante con una vampiresa! ¡Una vampiresa auténtica aquí en Grandville! ¡Y dice que es divina! ¿Has visto esto? ¡Divina!, ¡seductora!, ¡una belleza deslumbrante! ¡Y es una vampiresa! ¡Mira lo que dice! Acecha a voluntarios del público y les muerde el cuello, ¡les bebe la sangre!

—Flipante —dijo Slim.

—Puede que fuese flipante, si pudiésemos verla, pero es imposible que entremos en un espectáculo como ese —dije, tratando de mostrarme pesimista con la situación.

Rusty entrecerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Precisamente por eso estamos yendo ahora hacia allí.

—Ah —contesté.

Algunas veces, cuando Rusty empezaba con rollos de este tipo, decir «ah» venía a ser lo mejor.

—¿Te enteras? —me preguntó.

—Eso creo.

No tenía ni idea.

—Echaremos un vistazo al lugar. Veremos solo lo que podamos ver —me explicó Slim.

—Puede que consigamos verla —señaló Rusty. Parecía bastante alterado.

—No te emociones demasiado —le dijo Slim.

—Es posible —insistió—. El caso es que ella tiene que estar por ahí. Alguien puso todos esos carteles, ¿entendéis? Y la función es esta noche. Es muy probable que es-

tén en el llano Janks preparándolo en este mismo momento.

—Seguramente tengas razón, pero no cuentes con regalarte la vista con Valeria la divina y la seductora —le advirtió Slim.

La miró pestañeando, con expresión de decepción y un leve desconcierto en la cara. Entonces volvió la mirada hacia mí, aparentemente buscando un aliado.

Miré a Slim.

Alzó ambas cejas y una comisura de los labios.

Su expresión tontorróna me excitó y me hizo gracia al mismo tiempo. Meforcé a apartar los ojos de ella y le dije a Rusty:

—La chica es una vampiresa, imbécil.

—¿Eh?

—Valeria. Se supone que es una vampiresa.

—Sí, ¿y? —me preguntó, impaciente por el remate del comentario.

—¿Así que crees que vamos a aparecer en el llano Janks y a pillarla tomando el sol?

—¡Ah!

Ya lo había entendido.

Slim y yo nos reímos. Rusty se quedó planchado y se puso como un tomate, pero meneó la cabeza y se rio entre dientes. Después dijo:

—Debe de estar en su ataúd, ¿verdad?

—Verdad —dijimos Slim y yo al unísono, lo que hizo que Rusty soltase una buena carcajada y nosotros nos unimos a él. A continuación, reemprendimos la marcha hacia el llano Janks.

Después de un rato caminando, Rusty se puso delante con dos zancadas y volvió la cabeza para mirarnos.

—Oye, de verdad, puede que la encontremos tomando el sol.

—¿Estás chalado? —saltó Slim.

—Desnuda.

—Ah, eso te molaría.

—¿Qué te apuestas?

Meneé la cabeza frunciendo el ceño.

—Todo lo que verás es un pequeño montón de cenizas. Y con la mínima brisa que se levante...

Slim empezó a versionar a Peter, Paul y Mary:

—«*The vammmpire, my friend, is blowwwwing in the wind...*».

—Incluso si no se achicharrase con el primer roce de un rayo de sol, fijo que será lo bastante lista como para no aparecer de vampiresa en la función con un bronceado —le dije.

—Buena apreciación. Tendría que estar pálida —recalcó Slim.

—Podría tapar el moreno con maquillaje —señaló Rusty.

—Podría ser —reconoció Slim—. Puede que de todas formas utilice una tonelada de maquillaje para conseguir una palidez convincente que le dé un aspecto cadavérico. Así que, ¿por qué no podría estar morena por debajo?

—Morena por todas partes —insinuó Rusty con una mirada lasciva.

—Tenemos que encontrarte una chica —le dijo Slim.

Empecé a pensar en cómo estaría Slim tomando el sol desnuda, tendida boca arriba con las manos recogidas bajo la cabeza, los ojos cerrados, la piel de todo su cuerpo lisa y dorada. Me excitó imaginármela de esa forma, pero también me hizo sentir culpable.

Para sacármelo de la cabeza dije:

—¿Y qué sabemos de Valeria?

—Ahí lo tienes —dijo Slim—. Según parece, es deslumbrante.

—Será mía —afirmó Rusty.

—Ni siquiera la has visto todavía —señalé.

—No me importa.

—No te creas todo lo que lees. Puede que Valeria resulte ser una bruja espantosa y horrible —le dijo Slim.

—Seguro que es increíble. Tiene que serlo —aseguró Rusty.

—No te hagas ilusiones —le advertí.

Sonriendo como si supiera un secreto, me preguntó:

—¿Te apuestas algo por eso que acabas de decir?

—Cinco dólares a que no es divina.

—No tengo cinco dólares —repuso Rusty.

Lo que no resultó ser una sorpresa. La paga que le daban sus padres era de dos dólares a la semana que no tardaba en gastarse. Yo me lo montaba mejor, por mi cuenta, cobrando por algunos recados y también haciendo trabajos de jardinería para un par de vecinos.

—¿Cuánto? —le pregunté.

—No apostéis, chicos. Alguien acabará perdiendo... —señaló Slim.

—Sí, él perderá —aseguró Rusty—. ¿Quieres unirme a la apuesta conmigo?

—¿Me tomas el pelo? —contestó Slim.

—Venga, tú siempre estás forrada.

—Eso es porque no desperdicio el dinero a lo tonto.

—Pero esto es algo seguro.

—¿Por qué te la imaginas así? —le preguntó Slim.

—Fácil. El espectáculo ambulante del vampiro; Valeria es la atracción principal, ¿no?

—Suenas como si ella fuese la única atracción —señalé.

—Y todos nosotros sabemos que eso es una gilipollez, ¿no? Vamos, que ella tiene de vampiresa lo mismo que yo. Así que tiene que ser preciosa o acabaría sin público. Quiero decir, vale que haga un espectáculo haciéndose pasar por una vampiresa, de todas formas nadie va a esperar una real. Pero...

—Puede que algunas personas sí —le interrumpí.

—Nadie con dos dedos de frente.

—No estoy tan segura de eso —intervino Slim. Los dos la miramos fijamente—. Quizás existan los vampiros —dijo con un destello de diablura en los ojos.

—Baja de las nubes —le aconsejó Rusty.

—¿Puedes probar que no existen?

—¿Para qué querría probar eso? Todo el mundo sabe que no existen.

—Yo no —dijo Slim.

—Vaya gilipollez —repuso Rusty, y se giró hacia mí—. ¿Y tú, Dwight?

—Estoy con Slim.

—Qué sorpresa.

—Ella es más inteligente que nosotros dos juntos —me expliqué, y al siguiente segundo, por la forma en que Slim me miró, me puse colorado—. Bueno, lo eres.

—Que va. Solo es que leo mucho. Y me gusta mantener la mente abierta —y añadió sonriendo a Rusty—. Es fácil tener la mente abierta puesto que no tengo dos dedos de frente.

—No me refería a ti —contestó—, pero estoy empezando a preguntármelo.

—Para tu tranquilidad, dudo mucho que Valeria sea una vampiresa. Creo que existe una posibilidad muy remota e improbable.

—Así se habla.

—Y ya que lo más seguro es que no sea una vampiresa, también estoy de acuerdo contigo en que mejor sería que fuese guapa.

Rusty sonrió satisfecho.

—Así que, ¿quieres unirme a la apuesta?

—No puedo. Necesitaréis a alguien objetivo para que le eche un buen ojo y decida quién gana. Lo mejor es que sea yo. Yo decidiré quién es el ganador.

—Vale por mi parte —acepté.

—Supongo que resultará bien —contestó Rusty.

—No te angusties —le dijo Slim.

—Bueno, es que siempre te pones de parte de Dwight en todo.